

El Editor

Mauro Aballay

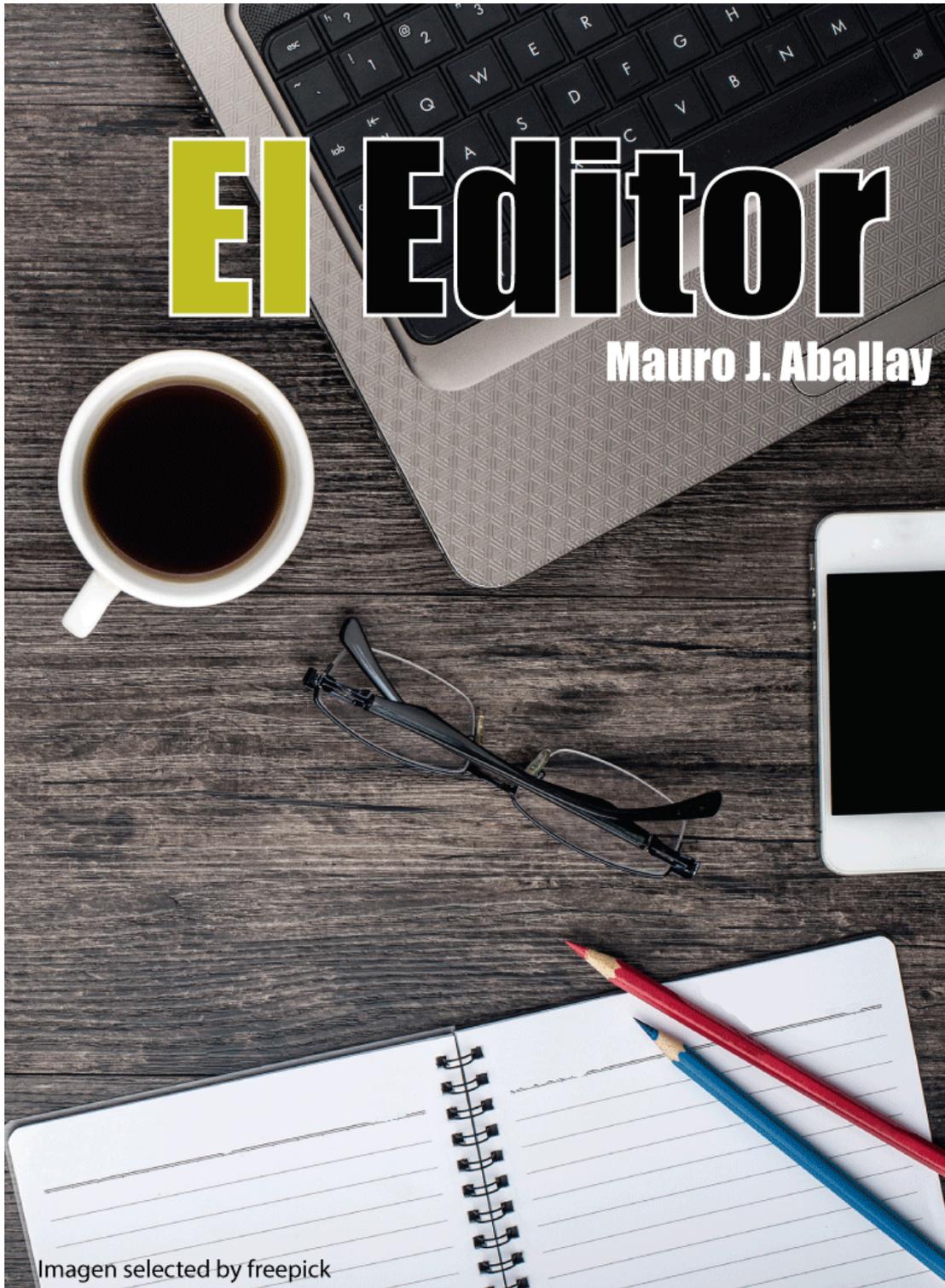


Imagen selected by freepick

Capítulo 1

Quizás ya no queda lugar en la metrópolis de hierro para el arte, o para el amor, o para los sueños. Quizás no queda lugar en esta realidad absoluta para una fantasía tan adornada. Tanto idealismo, el pecado moderno.

Pensaba esto nuestro galán mientras pulverizaba una dosis de alcohol etílico sobre un majestuoso copón de vino. Cada copa debía ser perfectamente pulida y desinfectada antes de poder guardarla, esa era la regla, o por lo menos era una regla para Antonio que no soportaba si quiera imaginar la huella de algún dedo impresa en aquel cristal. Ya se abran dado cuenta desde el principio que es una persona meticulosa en exceso, o puede también que lo hayan calificado de obsesivo, lo cual sería válido por supuesto.

Mientras repasaba el cristal con rápidos e intensos movimientos de papel su mente se despegaba y volvía a su lugar, como si diera pequeños saltos intentando espiar la fantasía, o quizás el recuerdo. Y no le costaba mucho traer a su cabeza la imagen de sus ojos, o de sus bellos labios. Aquella mujer inventada, dibujada por algún dios que solo podría ser humano para lograr entender tan exacto contorno. Alzaba su mano en alto y sostenía su copa de lado con los focos de fondo, para cerciorarse en el trasluz que su transparencia fuera perfecta.

Fue cuando alzó la última copa que el resplandor del foco se hizo más brillante y un haz de luz cayó furioso, casi a propósito, sobre su pupila encegueciéndolo momentáneamente. Al abrir sus parpados su vista medio borrosa se acomodaba despacio y a través de aquella niebla una silueta familiar se paseaba entre las mesas del restaurante. Antonio refregó sus ojos con sus manos rápidamente y levantó su vista. Lo hizo justo a tiempo para ver sus cabellos tan rubios como un rayo de sol deslizarse por debajo de su sombrero de periodista de los cincuenta. No podía creer el realismo de su alucinación, ni el mismísimo Stephen Hawking habría fabricado un holograma tan perfecto. El sobre todo gris cayendo de sus hombros, resbalando por la fina polera negra hasta la mitad de sus piernas. Aún no la había visto de frente pero sabía sin lugar a dudas que era ella, pero quién sería aquel hombre que la acompañaba. Colgó su abrigo en el respaldo de la silla y tomó asiento.

La impaciencia se agolpaba entre sus piernas doblegando a sus pies a ir y venir en una misma línea sin parar. Si me preguntan estaría de acuerdo con ustedes, es una actitud un tanto maníaca. Tantos pensamientos juntos dentro de su cabeza hacían imposible emerger aun que sea una idea con validez intelectual. Un mínimo vestigio de raciocinio que dispusiera el camino a seguir. Una mano realista con la capacidad de cerrar la ventana en el hocico de la locura para impedirle entrar a una

mente tan fácil de corromper.

Era tarde; recuerdos, fantasmas e ilusiones convivían en un mismo universo y cuando la mente no sabe que hacer es el instinto quien se hace cargo de la situación. Avanzó decidido por el pasillo, con la vista al frente y sin titubear. No volteó a mirar cuando pasó por su mesa, no se sentía listo aun para confirmar que era ella. Solo pasó de largo simulando que alguien lo llamaba desde afuera y salió a toda prisa. Una vez fuera permaneció unos instantes de espaldas al restaurante, inhalando una bocanada de aire como si de valor se tratara, valor para voltear y darle punto final a tanta imaginación desquiciada.

Y al volverse sobre su eje levantó su cabeza y abrió los ojos. Sus dos canicas pardas, lagrimeantes y temblorosas acertaron al blanco. Pasando a toda velocidad sobre la oreja de su acompañante se detuvieron frente a la reluciente piel de su rostro. Se acercó despacio y sin poder coordinar correctamente sus articulaciones entre sí, para que se hagan una idea parecía un extra en Thriller de Michael Jackson, arrastrando los pies y observándola fijamente con el cuello tieso.

"No puede ser cierto, ella no debería estar aquí, ella no existe, ya no".

Estaban ahora sentados a la mesa del comedor, en la casa de Antonio. Y él daba vueltas alrededor de la mesa observándola, examinándola minuciosamente, cada detalle cuenta pensaba. "¿Y dónde están las marcas? Seguramente te quedaron marcas". Podía sentir la sangre bombeando por la vena en su cuello, sentía la presión aumentando, y ese cosquilleo lo irritaba profundamente. Sintió que iba a estallar. Debía obtener respuestas; claro, siempre es mejor formular una pregunta antes que imaginar cien respuestas. Aunque a Antonio le costaba más lo primero que lo siguiente.

—¿An?

—¿Ani eres tú?

"Puedo ver como mi pregunta la atraviesa, traspasa su carne y sigue de largo hasta que el piso me devuelve el eco, el gran escándalo que hacen las palabras al caer y romperse sin más".

—Debes irte An, ya es hora de que descanses.

—¡Maldita sea An te estoy hablando!

Ahora con los ojos húmedos solo un pequeño sollozo salía de sus labios titubeantes. Caminó hacia atrás de la silla donde estaba sentado aquel hombre y desde allí la miró fijo a los ojos. Ella no debía estar ahí, no podía hacerlo. "Te vi morir, te vi desplomarte en el suelo y menguar tu

respiración hasta haberse extinguido por completo". No podía comprender lo que estaba pasando, su difunta amante estaba sentada junto a él y lo ignoraba por completo. Sus palabras eran sordas, nulas, como si no existiera, como si fuera invisible. La angustia comenzaba a transformarse en cólera, porque cuando una situación escapa tanto a nuestro control lo único que sabemos hacer es enojarnos, y Antonio enfureció.

—¿Y tú, quién demonios eres? —preguntó dirigiéndose ahora hacia el muchacho.

Otra vez igual que recién, una vez más no tenía respuesta. Era sumamente exasperante y ya no pudo soportarlo más. Entonces avanzó dispuesto a romperlo todo, a matarla otra vez si fuera necesario, a descubrir la verdad. Se acercó a la silla del misterioso acompañante y depositando una mano en su hombro lo volteó bruscamente retrayendo la otra mano hacia atrás en forma de puño. Y se quedó quieto, paralizado, perplejo. Una violenta estatua viviente con un gran signo de interrogación en la cara. Aquel hombre a quien pensaba pegarle resultó ser él mismo. Era él sentado allí con media mueca en la cara como si de un juego se tratase y lo estuviese disfrutando...

Cuando el grito ahogado de Lili estalló en el ambiente me aparté de un salto de la netbook y corrí hasta su habitación. Temblaba sentada en la cama con lágrimas en los ojos.

—Tranquila hija, papi ya esta acá. —Mientras la abrazaba y acariciaba su cabello—. ¿Tuviste un sueño feo?

—No. Me desperté y no te vi y pensé que te habías ido y me habías dejado sola.

—No mi amor papá nunca te va a dejar. Tengo una idea ¿Quieres que me acueste a dormir con vos?

—Sí —dijo respirando entre cortado.

—Bueno, te voy a traer un vasito con agua así se te pasa esa tos fea y nos dormimos ¿Sí?

—Bueno.

Tomé un vaso plástico de la mesa de luz de Lili y salí de la habitación. Al pasar por el portátil que estaba en el comedor escribí en un trozo de papel "su sombrero de periodista de los cincuenta" (revisar), luego apagué la computadora y cerré la tapa dejando el papel dentro para acordarme de esto al otro día. Abrí el grifo de la cocina y serví agua fresca dentro del vaso rosado de princesas. Cuando volví Lili ya estaba dormida y pensé que ya era hora de que yo también hiciera lo mismo. Dejé el vaso otra vez

en la mesita y me acurruqué junto a ella. Acariciaba su cabello acomodándolo detrás de su oreja y la observaba con el infinito amor que siente un padre por su princesita.

—Vamos a estar bien hija mía, vamos a seguir adelante y todo va a estar bien —Susurraba para no despertarla.

Su cabello negro, alborotado, con esos medios bucles en las puntas que eran la pesadilla de cualquier peine. Esos ojos grandes, siempre despiertos, esa mirada intensa y penetrante. Era tan parecida a su madre que verla dormir siempre hacía correr alguna lágrima bajo mis ojos inevitablemente tristes. Pero no podía permitirme el lujo de ser débil, le había hecho una promesa a Lili y debía cumplirla. Sequé mi mejilla con el puño cerrado y me dejé mecer por la suave respiración de mi niña hasta quedarme dormido.

Una luz brillante y cálida parecía quemarme la mitad de la cara. Mis ojos aún cerrados se retorcián molestos dentro de los párpados que se fruncían escapando al esplendor del sol. Aun así desperté pacífico esa mañana, hacía mucho que no dormía más de cuatro o cinco horas. Desperezaba mi cuerpo estirando las extremidades y contrayéndolas con fuerza. Entonces recordé que me había quedado dormido en la cama con Lili, pero ella no estaba, a donde se habría ido. Me levanté de un salto y salí de la habitación llamándola mientras me refregaba los ojos para mejorar mi visión.

Escuché un ruido estridente en la cocina y salí a toda prisa para allí. Al llegar no podía creer la escena que estaba viendo.

—Perdón papá se me cayó la pava, —Y apresurándose añadió —pero estaba vacía, yo sé que no se agarra la pava cuando tiene agua porque te quemás.

—¿Y puedo saber que estás haciendo hijita de mi corazón?

—El desayuno pá ¿No ves?

—¿Y donde aprendiste a hacer el desayuno vos? —pregunté mirando las galletas salpicadas de dulce de leche todas desparramadas por la mesa.

—Ay papá tenés que ver más tele, las nenas de 5 ahora sabemos hacer un montón de cosas.

—Tenés razón amor ¿Te puedo ayudar? —le contesté sonriendo, enternecido por su altanería.

—Bueno, pero primero te tenés que lavar las manos.

Capítulo 2

El día después del descanso siempre es tedioso. Volver a la rutina del trabajo, de someterse al esclavismo de la dependencia mutua, que tiene como único fruto la subsistencia.

Ese día no fue la excepción. Desperté con la primera luz del amanecer, esa pequeña alarma enterrada en mi cabeza me despabilaba bruscamente a las pocas horas de haberme dormido. Tomé unos minutos al abrir los ojos para observar el techo. Recostado con la espalda recta sobre el colchón y ambas manos enlazadas tras la nuca, con la mirada fija en el cielo raso y el pensamiento divagante.

El techo era siempre lo primero que veía al despertarme. Al llegar la hora de dormir el primer recuerdo que tendría de mi día sería aquel inmenso cuadrado blanco, y las criaturas contorneadas por la humedad que le daban humanidad al cemento vacío y solitario.

Muchas veces me detuve en estos pensamientos al empezar el día. Miraba el techo e intentaba adivinar en donde estaba. Si realmente había despertado o seguía durmiendo. Y qué función cumplía realmente, quizás estaba ahí para protegerme de la lluvia o del viento, o quizás para no dejarme ver el cielo. Para que no despertara y creyera que podía volar.

Prendí la pava eléctrica e inmediatamente la apagué. Recordé que la luz era más cara que antes, así es que mejor llené la silbadora y la puse al fuego en la hornalla. Mi madre solía decir en sus ataques de ahorrar energía, "Los aparatos con resistencia gastan mucha electricidad", había llegado la hora de escuchar a una persona sabia. Un café y estaría listo para seguir editando mi borrador antes de despertar a Lili para ir a la escuela.

—Buen día, ¿Listo para seguir la edición? —dijo Cortana al encender la netbook.

Encerré una carcajada dentro mío. Si alguien me viera hablando con una máquina se echaría a reír sin parar. Pero el trabajo del escritor es bastante solitario así que no está de más de vez en cuando escuchar una voz. Y que te recuerde las cosas importantes, que organice tus archivos y guarde tus observaciones para hacer más ágil el proceso de corrección.

Ya faltaba poco. Mi novela pronto estaría lista.

Agitaba su mano sin designio aparente y embestía contra el lienzo su pincel rebosante en oleo. Como un sagaz espadachín esgrimía su pincel entre los hilos que tejían aquella locura momentánea. Se acercaba y retrocedía y se volvía a acercar, casi tanto que parecía abrazar la pintura.

Bailaba con los colores y en medio del torbellino la imagen comenzaba a tomar forma. Todo iba bien, pero se detuvo instantáneamente al ver esos ojos. Una vez más había pintado sus ojos. Y con una estocada definitiva dejó una gran mancha negra en medio de su obra.

Desperté a Lili y mientras se levantaba puse nuevamente el agua a calentar para prepararle el desayuno. A Lili le costaba bastante más levantarse, eso lo había heredado de su madre.

Apareció en la puerta de la cocina refregándose los ojos con los puños cerrados y arrastrando los pies. Traía puesta su pijama celeste, la que le regaló su abuela Silvia. Mi suegra siempre quiso un nieto varón, y aparentemente estaba decidida a que Lili ocupara el papel. Cerré la tapa del portátil y la alcé. La escritura es mi vida, pero nada en el mundo es más importante que mi hija. Mi niña me abrazó del cuello y se recostó sobre mi hombro amagando con volver a dormirse.

—¿Qué juguete vas a llevar hoy a la escuela?—pregunté para que no se durmiera.

—¡Al gato Munchi!

—Bueno andá a buscarlo y vení a sentarte a desayunar. —Mientras la dejaba en el suelo —Dale que se hace tarde.

Salió disparada hacia la habitación, tomó su peluche y volvió de inmediato. La verdad es que me gustaba verla con su mascota. Ella no lo sabía pero el gato Munchi fue su primer peluche, lo tenía de antes de nacer. Se lo regalé a Carmen cuando me contó que estaba embarazada. Estaba tan contento cuando me enteré que iba a ser padre que quise ser yo quien le hiciera el primer regalo al bebé. Bueno, en realidad el primer regalo se lo hizo Carmen, y fue también el más caro.

Lili se tomó la leche chocolatada de un solo sorbo como hacía siempre, claro, después estaba todo el camino a la escuela diciendo que le dolía la panza, que fuéramos más despacio, que nos sentáramos un rato. Quizás no le gustaba mucho ir a la escuela, o simplemente había sacado la imaginación de su padre y disfrutaba del camino, de inventar historias sobre la gente que pasaba o sobre las cosas que veía. Los bancos de madera alrededor de la fuente en la plaza perfectamente podrían ser barcos surcando la mar, buscando tesoros; o solo botes en un lago donde poder contemplar los aromas de la primavera. Lo cierto es que el camino se volvía eterno, y la verdad no me molestaba, tenía a la mejor compañera de aventuras a mi lado.

La señorita Ingrid estaba parada en la puerta del colegio, con el ceño fruncido y marcando el compás con el pie derecho. Odiaba que Lili llegara tarde y me miraba fijo, con ojos acusativos, tal vez pensando que era un

irresponsable que no se preocupaba por que la niña aprendiera a respetar los horarios. De igual forma poco me importaba lo que pensara. Yo sabía disfrutar el tiempo con mi hija y si no le gustaba pues qué más podía hacer. Uno nunca sabe cuando una persona que ama va a dejar de estar a su lado, y cuando se marcha solo quedan dos cosas, los recuerdos vividos y los lamentos por aquello que quedó por hacer. Yo siempre velé por llevarme más recuerdos que lamentos.

Saludé a Lili con un fuerte abrazo y se la entregué a Ingrid encogiéndole los hombros en señal de picardía y expresando con la mirada que no volvería a suceder. Luego un paso en sentido contrario y devuelta a la casa. El camino de regreso no era igual sin mi pequeña musa inspiradora. Las flores no brillaban de la misma forma y la gente que pasaba solo inspiraba historias tristes.

Debía volver a continuar con mi escritura. Muchos supondrían que escribir un libro fuera una tarea muy sencilla, solo agrupar palabras entorno a una idea y dejar que fluya hacia algún punto. Pero la realidad era un tanto más compleja que eso. Cuando tienes una historia que contar, algo que realmente necesitas decir, entonces es distinto. Lees una y otra vez buscando errores y agregando oraciones o quitando párrafos, todo lo que está allí está incompleto o simplemente no es como lo habías imaginado. Creo que lo que parece más sencillo en realidad es lo más complicado, dejar que la historia fluya.

Inmerso en miles de letras el tiempo pasó apresuradamente, en una hora comenzaría a oscurecer y yo aun estaba en pantuflas y con los dedos enredados en el cabello. Era una manía, cuando me concentraba en algo revolvía mi pelo con los dedos, me peinaba y despeinaba, creía que esto me ayudaba a pensar. Desperté a Lili de la siesta y le preparé la merienda. Después de merendar nos pusimos a jugar un rato, empezamos a armar un gran rompecabezas de mil piezas. Cuando vi el reloj ya eran las 8, le serví un vaso de yogurt a Lili y encendí la tele.

—Amor me voy a bañar, quedate viendo los dibujitos ya está por llegar Miriam.

Claro no me contestó, ya estaba hipnotizada frente a la pantalla viendo los colores y figuras atravesar el cristal a toda velocidad. Tomé su silencio como un «de acuerdo papá» y me metí a la ducha. Estaba con el tiempo ajustado y no podía llegar tarde al trabajo, así que me bañé a toda velocidad y de ahí a la habitación por el uniforme.

Miriam era una chica muy agradable y entusiasta, y lo más importante, quería mucho a Lili. Fue la primera niñera que entrevisté cuando acepté trabajar de noche y no necesité hablar con nadie más, ya sabía con solo hablar unas palabras con ella que era una persona de bien, y que cuidaría correctamente a mi hija. Me contó algo de su historia familiar y que debía

trabajar para ayudar a sus padres con los costos de sus estudios. Era una persona agradable y a Lili le haría bien pasar algo de tiempo con una mujer. Se la pasaban jugando y aprendiendo cosas, para Lili era más una amiga que la persona a cargo, pero a la hora tomar decisiones Lili obedecía. Lo único que me molestaba de Miriam es que todavía le costaba llamarme por mi nombre, no perdía la costumbre de tratarme de usted, bueno quizás esto hablaba de su educación.

Estaba terminando de abrocharme la camisa cuando sonó el timbre.

—Miriam, pasá Lili está en la cocina. Perdón ¿Cómo estás?

—Bien señor ¿Y usted?

—Ya te dije que me llames León —Se me erizaron los pelos de la nuca.

—Me haces sentir viejo.

—Perdón —dijo esbozando una pequeña sonrisa —es la costumbre.

—¡Miri! —gritó Lili mientras corría a abrazarla.

—¿Cómo estás pequeña?

—Genial, hoy me porte re bien —respondió enseñándole la mano con la carita feliz que le habían puesto en la escuela.

—Bueno chicas, yo las voy a dejar así me termino de preparar para el trabajo — Asintieron y se fueron a la cocina a que Lili terminara su yogurt.

No me gustaba del todo dejar a Lili por tantas horas con otra persona, pero era la única forma que tenía de continuar con mi trabajo, y debía hacerlo, por lo menos hasta publicar mi novela. Carmen estaría orgullosa de mí. O eso me gustaba pensar, que estaba en algún lado viéndome, viendo mi esfuerzo, viendo que no me rendí. No pude evitarlo. Abrí el primer cajón de la mesa de luz y saqué un pequeño paquete envuelto con un pañuelo rojo. Desenvolví el pañuelo por las puntas dejando al descubierto el par de castañuelas que allí estaban. «Desearía volver a escucharlas sonar tan solo una vez más». Guardé todo al instante y me fui a trabajar.

Capítulo 3

Las calles estaban vacías y el viento frío parecía cortarlo todo a su paso. Una ciudad fantasma como todos los inviernos; un San Luis tan desierto y calmo.

Salí a la calle a enfrentar el camino hasta el trabajo, caminar solo con mis pensamientos a mi lado. Coloqué los auriculares en mis oídos y oprimí el botón, «Stop crying your heart out», una tranquila melodía, una voz amiga. Mi querida Carmen, «todos somos estrellas, nos estamos desvaneciendo». La banda de sonido del camino solitario. Veía como cada luz era artificial, pura escenografía en mi obra de teatro. Y las personas bailaban a mi ritmo, al compás de mi eternidad momentánea; y pensaba en lo lindo que sería que todo quedara así, «repetir tema», como en mi lista de reproducción.

San Luis siempre fue una ciudad pequeña y tranquila, la conocí alguna vez cuando pequeño y debo admitir que me aburría mucho, creo que divertido o espectacular no eran para nada sus lemas. Sin embargo después de la muerte de Carmen necesitaba un lugar así, donde no hubiera tanto ruido, donde pudiera pensar y criar a Lili. Un lugar fuera del horror, quizás escapando de la realidad, o tan solo preservando la cordura para poder proteger a mi niña.

Los inviernos se volvían especialmente tranquilos. No sé si acá la gente le tiene alergia al frío o si la helada es demasiado cruel, pero que las pequeñas veredas se convierten en un gélido páramo desolado es verdad absoluta. Para ser honesto a mí también me habría gustado quedarme en casa viendo películas con Lili, o ayudándola con su tarea, o por supuesto escribiendo. Pero no era tanta mi dicha, a mí me tocaba trabajar.

Caminaba sin mirar a donde me dirigía, solo colocaba un pie delante del otro en mero acto de inercia. Ellos conocían bien el camino no podían perderse. Y confiando mi destino en mis pies tenía tiempo de dejar volar mi mente, de darle oxígeno, dejarla desplegarse y abarcar cada lugar que la imaginación le cediese. Dejar que la brisa golpee tu rostro y te haga dudar de todo lo que está a tu alrededor es un acto de vital continuidad para un escritor, más aún en un mundo donde cada vez es más difícil soñar, hay máquinas que se encargan de eso por nosotros.

Atravesé la plaza Pringles hasta llegar a la avenida Illia. Aquella diagonal era la recta final hasta el trabajo. Siempre me divirtió la idea de pensar que se trataba de un mundo aparte, alguna suerte de otra dimensión que comenzaba justo allí cuando encontraba la esquina que estaba de más. Y detrás del reloj estaba la puerta del nuevo mundo, andando por la Rambla de los Jacarandá la ciudad cobraba vida, las luces eran más brillantes y la gente comenzaba a aparecer. Era un lapsus en el tiempo donde la gente

siempre vivía de fiesta, y los autos iban de un lado a otro, y los sonidos, y los colores.

Mi imaginación desbocada se detuvo junto con mis pies en la esquina, era hora de volver a la realidad y el furioso rock 'n' roll del bar de la esquina me devolvía la consciencia. Hora de pagar mi cuota al imperio por un día más de vida para mí y mi hija.

Mi trabajo no era algo pesado de realizar, sino más bien una labor tranquila. Sobre todo en las noches y ni hablar del invierno. Saludé a Claudia, mi compañera, mientras me quitaba el pullover y dejaba al descubierto el uniforme. Con ese cartelito blanco por encima de mi corazón con mi nombre escrito, «León» en un negro fuerte, y sobre él el logo del Automóvil Club Argentino. Llevaba casi tres años atendiendo el minimarket de la estación de servicio y nunca fue un trabajo demasiado tedioso, pero en el último tiempo comenzó a faltar mercadería en el turno noche y las relaciones entre empleados se volvían un tanto ásperas. Por eso se decidió desde la cabeza que yo tomara aquel turno refiriéndose a mí como «empleado de confianza». Y esto me resultaba molesto, especialmente porque me quitaba mis noches con Lili, pero por el momento no había nada que pudiera hacer al respecto.

Claudia recogió todas sus cosas en un abrir y cerrar de ojos, seguramente ya tenía todo a medio preparar desde hacía algunas horas, y ni bien observó que ocupé mi puesto salió disparada. Saludaba con la mano mientras caminaba sin mirar atrás, no quería que nada la detuviera, quería irse, irse a vivir su vida fuera de esas paredes. A ver a su familia, a sus amigos, a su pareja. Tomar un trago, comer algo rico, ver una buena película. Podría considerarme un héroe, si yo no me hubiera presentado a trabajar no hubiera sido posible tanta felicidad en su rostro al terminar el turno. Bien por ella, en unas cuantas horas me tocaría a mí ese momento alegre.

Me senté tras el mostrador frente a la computadora y me puse a actualizar los precios en las listas de stock. No es que fuera un fanático del trabajo, ni que me encantara repasar las extensas planillas cargadas de tinta negra y llenas de rayones de birome; pero en algún momento tendría que hacerlo y mientras antes mejor así me quedaría el resto del turno libre.

Cuando terminé me aleje de la caja y abrí el portátil, hora de seguir con mi novela. Ya le faltaba poco.

Esta era una práctica a la que recurría a menudo desde que me hice cargo del turno noche. Los clientes eran escasos, solo alguno que otro de los bares de enfrente que venían a comprar cigarrillos. Me escondía de la cámara en un punto ciego contra la pared y abría el portátil sobre mi regazo, entonces continuaba escribiendo. Cuando uno es padre los días se

hacen más cortos y el tiempo ya no rinde de la misma manera, claro hay nuevos momentos llenos de gozo y alegría. Empiezas a confeccionar un álbum de sonrisas y de abrazos. Empiezas una nueva historia donde ya nunca estarás solo. Pero el tiempo para la pasión empieza a disminuir.

Ser escritor es un trabajo duro a veces. Es difícil que quien esté a tu lado pueda llegar a entender que tengas la necesidad de encerrarte en un cuarto a la luz de una pequeña lámpara de escritorio, y que pases allí horas. O que te ausentes de la realidad cotidiana en muchos casos fabulando como seguirá la vida de tu personaje, o algo más estresante, decidiendo como será su muerte. Cuando te comprometes realmente con lo que haces tus historias comienzan a cobrar vida. En más de una ocasión Carmen me sorprendió hablando solo, sosteniendo diálogos conmigo mismo, y aún creo que es la mejor forma de hacer humanos a tus personajes. Es decir, puedo pasar muchas hojas describiendo como es él, a que se dedica, que relación tiene con su familia y amigos e infinidad de detalles sobre su persona. Pero es cuando habla cuando realmente impacta, cuando rompe la frialdad de las palabras acumuladas y se abre paso por pequeño que sea para estar más cerca del lector, para que el lector vea que no es un objeto más del ambiente sino un ser humano y que esa historia podría perfectamente ser la suya.

Pero cuando fui padre tuve que renunciar a algunas de estas excentricidades de escritor para estar más tiempo con mi hija. Ella no necesitaba un padre que se pase toda la tarde encerrado en un armario gigante. Ya perdió a su madre, no había razón de que me perdiera a mí también, por eso aprovechaba cada minuto que tenía para escribir y que esto no fuera un estorbo en mi relación con Lili. Compré una netbook y la llevaba a todas partes, aprendí a escribir con gente, con ruido, en la calle, en el colectivo y hasta en el trabajo.

Esa fue una noche realmente productiva, no para mi jefe claro, pero si para mi novela. Había concluido el penúltimo capítulo, solo unas cuantas páginas más y mi obra estaría acabada. Eran las seis de la mañana cuando llegó Gustavo así que me preparé para dejar el turno, fui al baño a cambiarme de ropa y enjuagarme un poco la cara.

Gustavo en realidad no era mi compañero sino mi encargado, pero debido a los incidentes con la mercadería y a las pocas ventas se decidió despedir a dos empleados y subir las horas en los turnos de los dos que quedábamos. Para compensar la carga horaria él tomó un turno también, el de las seis que antes era mío. Salí del baño y dejé las llaves sobre el mostrador.

—Y Leo, ¿Cómo estuvo la noche? —odiaba que me llamara así —¿Muchos negros?

—Fue una noche tranquila igual que las demás.

—Bueno, pero sabés que tenés que tener cuidado con esa gente, si le ves cara rara directamente no lo dejes pasar prefiero perder la venta antes que arriesgarme a que me roben todo.

—Claro, no te hagás drama. —Respondí de forma automática y tratando de evadir su profunda actitud despectiva hacia la gente. —Bueno nos vemos mañana, que tengas una buena jornada.

—Chau Leo nos vemos.

Salí con prisa y saludé a los chicos de la playa desde lejos. Todavía era de noche y era el momento en que los bares comenzaban a cerrar, dejando afuera a toda su clientela ya borracha y perdida. No era linda hora para caminar pero no podía darme el lujo de tomar un taxi todos los días. Miré a un costado mientras esperaba que el semáforo cambiara de color. El bar de la esquina aún tenía algunas personas adentro, tomando cerveza y hablando a los gritos, cosa que solo podía deducir viendo sus movimientos y gestos, porque el volumen de la música era sumamente elevado. Pensaba en los edificios que estaban a un lado, como haría esa pobre gente para dormir y levantarse temprano para trabajar. Con tanto ruido no había quien pudiera descansar. Pero el verdadero problema era cuando cerraban. Era un bar «rockero», lleno de fanáticos de la música nacional y amantes de las drogas. Cuando quedaban afuera después que el bar hubiera cerrado sus puertas se cruzaban con la gente que salía de otros pubs en la zona, adeptos a la músicaailable y estilos más latinos. Esa sola diferencia en gustos musicales era suficiente para desencadenar cualquier tipo de pleitos, que muy a menudo terminaba con grandes masas de personas golpeándose entre sí.

Vi la luz verde de frente y crucé la calle dando pasos rápidos, alejándome de la zona lo antes posible. No quería estar ahí cuando la acción comenzara, yo tenía a mi hija esperándome en casa y tenía que llegar sano y salvo para ella.

Capítulo 4

Lo malo de llegar a casa en la madrugada era el increíble vacío al abrir la puerta. La inmensa oscuridad abarcando toda la sala de estar. El perfume de la soledad que emanaba cada noche después que Lili se hubiera dormido. Sentir el eco del ruido más insignificante como una gran avalancha de sonidos estrepitosos derrumbando mis oídos. Y mi mente oponiendo resistencia para que mis manos no encendieran el televisor, pero saber a fin de cuentas que era necesario luchar contra la soledad.

Miriam se había quedado dormida en el sillón de la habitación de Lili con un robusto libro abierto sobre ella. La pobre niña estudiaba sin parar, estaba en tercer año de la licenciatura en psicología, y aprovechaba cada momento que tenía por pequeño que fuera para hacer algún resumen o adelantar alguna materia. La enorme presión que sentía por el sacrificio que hacían sus padres para brindarle la posibilidad de estudiar terminaría acabando con ella. Le extendí una colcha sobre y me fui a sentar a un lado de la cama de Lili. La miraba dormir tan dulcemente, sin preocupaciones, sin proyecciones de futuro, sin esa tristeza aguda retorciéndole el corazón. Acaricé su pelo y por un momento deseé con todas mis fuerzas volver a ser un niño, tener la oportunidad aunque sea una noche de dormir con esa calma.

Me recosté en mi cama y apagué las luces. Dejé la mirada fija en la espesa neblina inventando formas en los grises que mis ojos alcanzaban a distinguir. Cada vez más claros, cada vez el negro se volvía menos misterioso y me acostumbraba a la oscuridad. Miraba por la ventana el cielo gris y rugoso, las nubes se encimaban unas sobre otras, parecía que en cualquier momento caerían al suelo.

Cuando las primeras gotas golpearon el vidrio lo primero que pensé fue en lo afortunado que había sido de haber llegado a casa a tiempo. Al instante siguiente me arrepentí.

Lo único que se escuchaba era la lluvia golpeando todo lo que encontraba antes de tocar la tierra y algún que otro trueno abriendo grandes huecos en el firmamento. Y yo adentro, sentado entonces sobre el borde de la cama, mirando fijo el vidrio de la ventana como si esperase que se rompiera. La humedad comenzaba a brotar de las paredes. Estaba seguro de que podía ver una densa nube de vapor despegarse de los muros. La habitación se estaba achicando poco a poco, y yo estaba todo mojado, transpirado, respirando fuerte. Con los ojos enrojecidos por el cansancio y cristalizados por esa melancolía intensa que repentinamente me invadía sin razón.

Hubieron muchas lluvias en mi vida y todas tuvieron un significado diferente. Quizás la primera que recuerdo fueron las lágrimas de mi madre

derramándose sobre mi pequeña cabeza el día que volvió a casa y vio que mi padre ya no estaba. También aquellas gotas frías resbalando de mis dedos, y precipitándose sobre la tierra negra recién aplastada, la mañana de invierno que me tocó enterrarla. O las tardes oscuras que pasé con los pies ahogados en charcos de agua sucia, saciando mi sed en una botella de vodka barato.

Pero no todas mis lluvias fueron tristes, hubieron otras alegres, y compañeras, y algunas románticas. Como la noche que conocí a Carmen.

Por aquel entonces estaba trabajando en mis versos, experimentando con algo de simbolismo y comenzando a formar la idea de querer dedicarme de lleno a la escritura. Después de varios altibajos encontré en viejos cuadernos a rayas una forma más sana de sobrellevar la vida, y ya había empezado a agarrarle el gusto a las letras. Esa noche decidí tomarme un descanso y salir a respirar aire fresco. Tomé mi Fiestas galantes y me fui a dar un paseo por la ciudad.

Vivía en la ciudad de Córdoba, en un mono ambiente sobre la avenida Velez Sársfield, entre 27 de abril y Caseros. Era chico pero a mí me alcanzaba, tenía mi cama y mi pequeña mesada con un anafe a garrafa de dos hornallas, al lado una bacha de acero con una llave monocomando, allí siempre había un vasito con mi cepillo y pasta de dientes al lado de un viejo tupper con el detergente y la esponja para lavar los platos. Y aún me quedaba espacio para un escritorio de madera que había colocado bajo la única ventana que tenía, sobre él habían algunos libros, lo que fuera mi modesta biblioteca en ese entonces, una lámpara y varios blocs de notas y lapiceras. No tenía televisor ni radio, pero no me molestaba, podía escribir mejor en silencio.

Bajé por Caseros hasta La Cañada. La ciudad estaba tan iluminada como siempre, llena de gente divirtiéndose y pasándola bien. El camino era inspirador entre los verdes que abundaban por doquier y la brisa fresca revolviéndome el pelo. Iba caminando por La Cañada cuando se desató la tormenta, Comenzaron a caer gotas gruesas de agua y a estrellarse contra el suelo a toda velocidad. Tuve que refugiarme hasta que cesara la lluvia antes de emprender el camino de vuelta. Entré en un bar que se veía tranquilo y me senté en una mesita contra la pared. Al instante vino el mesero y le ordené un Jack con dos piedras de hielo.

Nunca había estado antes en aquel bar, La Gitana, pero parecía un lugar agradable, con un aire rústico y luces bajas. Las paredes eran de ladrillo descubiertas y barnizadas, del techo colgaban unas enormes lámparas de madera sostenidas por gruesas cuerdas que se entrelazaban en el cielo raso compuesto de un enrejado de hierro oscuro. Observaba las molduras de las sillas cuando llegó mi whiskey con un cenicero, entonces abrí mi libro y me dispuse a leer mientras agitaba suavemente la bebida con la

mano derecha.

Ya había logrado concentrarme en la lectura a pesar del bullicio, cuando un estrepitoso sonido me devolvió a la realidad. Todas las miradas se dirigían hacia el pequeño escenario de madera que todavía estaba cubierto por una tela negra que caía desde el techo hasta la mitad de la tarima. Tomé un sorbo de mi trago mientras observaba como se abría el telón de a poco. Entonces apareció en escena un hombre de mediana edad que estaba sentado sobre un cajón y abrazaba una guitarra vieja y gastada que dejaba reposar suavemente sobre su rodilla derecha. Las luces del bar se atenuaron dándole intensidad a la que iluminaba el show, poco a poco fui cerrando mi libro e inclinando mi cuerpo para ver más cómodo el espectáculo.

Sonaron los primeros acordes, rasguídos veloces y certeros que invadían repentinamente el cuerpo. Sus dedos arremetían intrépidamente entre las cuerdas, como las gotas que resbalaban por mi vaso y se filtraban entre mis dedos inmóviles hasta caer sobre la mesa. Entonces entre sonidos de cuerdas furiosas y pequeños golpeteos al cuerpo de la guitarra apareció desde el fondo una bella mujer en un vestido rojo. Caminaba dramáticamente alrededor del músico con la mirada perdida en el espacio, como si no hubiera nadie, como si se tratase solo de ella paseándose frente al espejo de su habitación escuchando su canción preferida en la radio. Interrumpió su carrusel dando un paso al frente, dejando ahora la música detrás y tomando el lugar que le correspondía. De espaldas y con la cara de perfil, alzó la mano derecha sobre su cabeza y bruscamente giró con la otra a la altura de la cintura. Se arremangó sutilmente la falda tomando la tela desde sus caderas y con sus pesados tacones de madera hizo retumbar todo el entablado del escenario.

Nunca había sido testigo de tanta pasión, de tanta energía y vigor. Me caló hasta el hueso con su baile flamenco y supe al instante que nunca olvidaría aquella mirada penetrante o el lunar marrón a un lado de su boca, ni siquiera la gran flor amarilla que llevaba incrustada en el pelo, y que iba perdiendo los pétalos entre los fuertes latigazos de sus bucles negros.

Con este recuerdo pude por fin quedarme dormido, ya un poco más tranquilo, la lluvia estaba menguando y aparecían los primeros claros del amanecer.

Capítulo 5

Hubiera sido un día como cualquier otro, hubiera amanecido sin más dispuesto a todos los esfuerzos de la inevitable rutina, «un desayuno completo garantiza la energía para la mayor parte del día».

Me levanté aquel sábado exhausto, como si no hubiera dormido en toda la noche. Me dolían todos los huesos y mis músculos estaban tiesos, rígidos, como si se hubieran congelado. La lluvia de la noche me hizo adentrarme en pensamientos muy profundos, en recuerdos hasta entonces muy bien guardados. Llegó con imperancia violenta y astillándome la piel con sus gotas tremendamente frías. Y a fin de cuentas solo se marchó, se retiró sumamente disminuida, sin haber causado grandes estragos, solo había sido puro ruido. Sin embargo toda la tristeza y toda la nostalgia, esa que trajo, la dejó bajo mi semblante completamente desmotivado.

Los sábados eran siempre más relajados, igual que los domingos. Lili no tenía escuela así que la dejaba dormir hasta más tarde, y yo aprovechaba esa horita de sobra para ponerme al día con mis proyectos literarios. A pesar de las secuelas del aguacero esa mañana debía levantarme y dedicarme a lo mío, un último esfuerzo para terminar lo que había empezado. Me levanté de la cama y me dirigí de forma automática a la cocina, arrastrando los pies totalmente desganado. Encendí la primera hornalla de la derecha mientras soltaba un gran bostezo, puse el agua a calentar y me fui a lavar los dientes.

El agua tibia corría entre mis dedos, mis brazos apoyados sobre el lavamanos soportando todo el peso de mi cuerpo, como si no me quedaran más fuerzas. Entonces levanté la cabeza todavía atontado y me miré al espejo durante unos instantes que parecían eternos. Hacía mucho no me veía tan deshecho, con tanto miedo, tan vulnerable. Cerré por completo el agua caliente dejando solo la fría y con mis manos juntas en forma de cuenco enjuague enérgicamente mi cara intentando despabilarme. Me repetía palabras de aliento a mí mismo, he intentaba recordarme que esto lo hacía por ella, lo hacía por Carmen, por su memoria, para que siempre estuviera viva inmortalizada en mis páginas.

Volví a la cocina decidido, me preparé el café más negro que pude, abrí la netbook y me puse a escribir. Tecleaba velozmente desbordado de pasión.

El sonido incesante de mis dedos golpeando el teclado me recordó su zapateo. El taco de sus calzados martillando la madera del escenario, cambiando drásticamente el ritmo en que latía mi corazón. Que mujer tan hermosa. Apretaba con firmeza el vestido entre sus puños y sus cabellos comenzaban a desparramársele por toda la cara. Saboreaba el último

sorbo de whisky en mi recuerdo mientras redactaba la última línea.

Había leído seguramente a algún poeta romántico que en aquella ocasión habría inundado el ambiente con la gracia de eros. Sin embargo mi compañero esa noche era Verlaine, y todo se rompía, los versos se caían a pedazos. Mis ojos como tizones encendidos quemaban con vulgaridad los velos negros que colgaban del techo y tapaban el escenario. No sé si fuera efecto del bourbon o del francés maldito pero aquella se convirtió en una noche inolvidable.

Cuando Lili apareció a mi lado descalza y con todos los pelos enredados ya había colocado el punto final a mi trabajo «Fresco de recuerdos inventados, una novela de León Moreno». Orgulloso cerré la tapa del portátil y abracé fuerte a mi niña que todavía estaba medio dormida.

—¿Qué haces descalza? Te he dicho que te vas a enfermar si andás así por la casa. —Solo se refregaba los ojos con los puños mirando al suelo.

—Te amo pá. —Claro eso siempre me ablandaba y ella sabía como usarlo.

—Andá a ponerte las pantuflas y lavate los dientes, dale que te preparo el desayuno.

Salió caminando despacio sin decir palabra alguna, su leche con chocolate y sus galletitas oreo seguro la pondrían de buen humor. Por mi cuenta mi humor era impecable, me costó dolorosos recuerdos y más de una jaqueca pero mi novela estaba por fin completa. Nada podía hacer que ese momento fuera mejor, bueno quizás sí, que Carmen estuviese allí para festejarlo conmigo. Pero aunque ese deseo no se me podía cumplir la tenía a Lili, mi pequeño angelito que iluminaba con sonrisas hasta el lugar más oscuro.

Ese día no volví a abrir la tapa del portátil, me había ganado un merecido descanso y me lo pensaba tomar. Solo estuve todo el día con mi hija, jugando, viendo tele, contando historias haciendo tarea de la escuela. Así se pasó casi todo el sábado hasta que el atardecer me arrastro implacable al trabajo. Dejé a Lili con Miriam y me fui. Iba caminando por la calle con una enorme sonrisa de oreja a oreja. Tenía unas incontrolables ganas de cantar, nadie que me hubiese visto podría haber sospechado que me iba a trabajar. Pronto mi suerte cambiaría, estaba un paso más cerca de ser la persona que siempre había querido ser.